

nocidos con un sacerdocio, fundaciones, medios de fortuna y un poder propios.

Las quejas de los proletarios le parecían bastante infundadas, porque todo lo que veía á su alrededor en aquel momento de fiebre económica no era producido por la miseria, sino por la arrogancia y por la dilapidación; y cuando se encontraba por las calles á un obrero que titubeaba, sabía que aquel estado de debilidad no provenía del hambre, sino, por el contrario, de excesos alcohólicos. Por otra parte, él, que creía en un trabajo de desarrollo no interrumpido de la naturaleza y de la humanidad, parte integrante de aquélla, se asimiló la teoría socialista, según cuyos términos la producción y la repartición de la propiedad sufren transformaciones continuas como todas las demás instituciones humanas, como las formas del Estado y de las sociedades, como las leyes, las ideas de belleza y de moral, la ciencia de la naturaleza y el concepto del mundo, y sus simpatías se volvieron hacia los revolucionarios y los innovadores, que persuadidos de que había pasado el tiempo de la caduca organización social, trataban valerosamente de reemplazarla por otra. Sus amigos tomaban parte activa en la vida pública: Pablo se había adherido á un comité electoral nacional-liberal, y profesaba un vivo entusiasmo por Bennigsen y Larker, que había tenido bastante sentido político para renunciar á una oposición estéril y adherirse resueltamente al Gobierno. El doctor Schroetter había reanudado sus relaciones con antiguos correligionarios políticos de 1848; había entrado en un comité de distrito, y no había tardado en ser nombrado concejal, con cuya investidura ponía su experiencia y su intensidad de trabajo al servicio de los enfermos, de los pobres y del problema de las

escuelas. Con los primeros no hacía política, y eso por delicadeza; estaba muy descontento del estado de cosas, pero no creía tener el derecho de elevarse contra instituciones que satisfacían todavía á la mayoría. «Habéis combatido por el nuevo imperio, decía: durante ese tiempo, yo vivía feliz en la India; cuando los demás se encuentran á gusto, no me pertenece á mí amargarles su bienestar, criticando con tono de queja su obra». Guillermo había acompañado con frecuencia al uno y al otro á sus reuniones, pero sin interesarse de verdad; un día les preguntó si no querían ir con él á un *meeting* socialista. Schroetter consintió en seguida: veía con placer que Guillermo dejaba de absorberse en sus pensamientos, y que de nuevo se interesaba por la vida real; Pablo aborrecía á los socialistas y se lamentaba de que no se pudiera expulsar «á golpes de knout» á todos aquellos que arrastraban al pueblo á la protesta; pero estaba siempre dispuesto á pasar algunas horas con Guillermo.

El *meeting* de que se trataba se verificaba en el Tívoli; hacía una desagradable noche de Abril; soplaban el viento en ráfagas acompañadas de aguaceros; las nubes recorrían el cielo con andares de caza salvaje: la llama de los faroles de gas vacilaba, se alargaba, se ponía azul, y el suelo estaba cubierto por una capa de barro, que se hundía bajo las pisadas de hombres y caballos. A pesar del mal tiempo, los tres amigos fueron á pie; en la calle de la Bella Alianza encontraron numerosos grupos de obreros que se dirigían hacia el mismo punto: después de haber subido la abrupta calle de Liechterfeld, iban ya en compañía de un grupo numeroso y compacto; llegados á la entrada de la cervecería, se encontraron en medio de una aglomeración de gente, á través de la cual sólo se podía avanzar len-

tamente, á menos de emplear los codos como todo el mundo hacía. Había que subir algunos escalones para llegar á un inmenso jardín, débilmente alumbrado por la luz de la luna, que se mostraba y desaparecía á intervalos, y por farolillos de gas, muy distantes unos de otros; se podía apenas distinguir á la derecha una construcción de madera, que imitaba groseramente las nobles formas góticas.

Al extremo del jardín, algunos escalones conducían á un gran patio cuadrado con piso de ladrillos, desde donde se veía surgir la cúpula de hierro del monumento nacional; á la izquierda se percibía una gran construcción cubierta de tejas rojas y amarillas, con torrecillas cuadradas, y en el fondo con un pabellón central un poco saliente, numerosas ventanas muy altas; encima de la entrada, un transparente azul mostraba en letras doradas la inscripción siguiente:

«EN LA CEBADA Y SU JUGO DORADO, SOBERANA BEBIDA,
GUSTAD EL ALMA DEL VINO Y LA FUERZA DEL PAN».

Era preciso primero atravesar un pequeño vestíbulo donde algunos jóvenes de aspecto resuelto é inteligente, probablemente los organizadores de la reunión, inspeccionaban con una ojeada rápida y segura á los que entraban, y les ofrecían una hoja suelta, que casi todos compraban. Después de esto, se penetraba en la sala, que era bastante amplia para contener algunos millares de personas; entre las columnitas, pintadas de rojo, que soportaban la alta techumbre, había instaladas numerosas mesas, y en el lado estrecho, á la derecha, había dispuesta una tribuna para los oradores. Guiller-

mo, Schrotter y Pablo pudieron colocarse no lejos de ella, aunque la sala estaba ya casi llena.

Guillermo experimentó al principio una impresión poco favorable; había comprado al entrar una de aquellas hojas, que cuestan un *silbermorjen* (1), como decía el anuncio, plagado de alusiones ingeniosas del título; la hoja contenía clichés estúpidos, declamaciones ridículas contra los capitalistas y poesías verdaderamente grotescas. Aun admitiendo que el partido contase con gentes instruidas é inteligentes, éstas no habían seguramente colaborado en aquella hoja; la misma impresión que esta hoja causó sobre el gusto de Guillermo, produjo la reunión sobre sus sentidos. Un olor repugnante de tabaco y cerveza, de aliento fétido y de ropa húmeda, saturaba el aire; las gentes, sentadas alrededor de las mesas, tenían una facha poco fina, gestos sin gracia, lenguaje grosero, voces roncadas y caras poco atractivas. Hablaban y reían ruidosamente, y con frecuencia se oían al vuelo expresiones groseras. Guillermo no advertía aquí la alta seriedad moral, la sombría pasión que había encontrado en los escritos socialistas y que le habían seducido; le parecía que al pasar del cuarto de estudio de los pensadores á las cervecerías en que se reunía la multitud, la nueva teoría había perdido toda nobleza y había sufrido un rebajamiento incurable. Pablo no se cuidaba de disimular el asco que aquella «chez grasienta» le inspiraba; después de haberse vuelto varias veces sobre su asiento, limpiándose en seguida cada vez que el codo de uno de sus vecinos llegaba á rozarle, murmuró á

(1) Se dice en broma en vez de *Silbergroschen*, moneda retirada de la circulación desde 1871. Significa, poco más ó menos, dinero que se tendrá mañana.—(N. del T.)

media voz: «Si yo fuera el Gobierno, ya os sabría arreglar con vuestras reuniones». El doctor Schreöter, por el contrario, al ver á aquella muchedumbre sentía renacer en él sus sentimentalismos de viejo demócrata; su corazón desbordaba compasión y ternura; á título de amigo del pueblo y con sus ojos de médico, no veía entre aquellas fisonomías brutales sino gentes que merecían benevolencia ó interés, y así lo hacía notar á sus amigos.

—Un mártir del trabajo—dijo en voz baja, mostrando en la mesa próxima un hombre delgado, al que faltaba un ojo.

—¿Cómo es eso?

—Debe ser un obrero en metales, al cual le ha saltado un pedazo en el ojo; le han extirpado el ojo enfermo á fin de salvar el otro.

Aquí un hombre pálido como la muerte, tosiedo continuamente, con los ojos rodeados por un círculo rojizo: un panadero que se había vuelto tísico en fuerza de aspirar polvo de harina y de vivir en la atmósfera del hornillo, padeciendo de una oftalmía á consecuencia del calor del horno; allí abajo un manco, víctima de una máquina; más allá un hombre lívido, con las encías de color de ladrillo, envenenado por el plomo y seguro de morir en medió de atroces sufrimientos; por todas partes mutilados ó enfermos; hubiérase creído que el genio del trabajo, semejante al ángel de la muerte de la leyenda oriental, había señalado á todas aquellas gentes en la frente y les había designado á unos para ser mutilados, á otros para una muerte prematura. Las explicaciones de Schreöter hicieron que la reunión apareciese á Guillermo bajo otro aspecto distinto; la grosería de aquellas gentes y la suciedad de sus manos y de sus caras fueron

para él como una reconvencción, y creía oír una acusación llena de amargura en sus conversaciones y en sus risas. Un reproche, una acusación, ¿contra quién? Guillermo se preguntaba si el destino de los trabajadores era imputable á los hombres, ó si no era más bien el resultado de una cruel necesidad; ¿podía el capitalista impedir que la máquina cortara, la harina difundiera su polvo, el hierro lanzara chispas ó pedazos inflamados? ¿Aquel obrero no se hubiera quedado tuerto, aquel otro manco, aquel último tuberculoso si hubieran trabajado en un taller socialista ó comunista? ¿No está obligada la humanidad, para poder vivir, á satisfacer una contribución de salud y de vida? Cada comodidad, cada facilidad de la existencia ¿no cuestan víctimas humanas? Las trágicas máscaras presentes en aquella reunión de proletarios ¿no eran la personificación de una ley natural que liga el desarrollo y el progreso á los dolores y á las ruinas? En este caso toda la teoría socialista estaba de un modo inmediato en un falso camino, y la suma de los sufrimientos de los trabajadores no dependía de las instituciones económicas de la sociedad, sino del estado de la civilización, de los conocimientos y de los métodos de trabajo; en una palabra, había que esperar la mejora, no de una nueva repartición de la propiedad, sino de las investigaciones y de los descubrimientos de los sabios.

Mientras Guillermo profundizaba cada vez más en estas ideas, que se iban haciendo más claras para él, el primer orador subió á la tribuna; era un hombrecillo inquieto y siempre en movimiento como el azogue, con largos cabellos, una boca grande y voz chillona, que comenzó á recriminar con una volubilidad extraordinaria, acompañada de un pronunciado acento sajón y una exuberan-

cía de gestos que producía vértigos, contra los capitalistas, esas infames sanguijuelas. Representó, empleando las imágenes más audazmente atropelladas, y tratando de continuo con desprecio la sintaxis, la dura condición de los proletarios y los horrendos delitos de las clases pudientes. Los contratistas eran capataces de esclavos, que esquilaban la lana en las espaldas de sus obreros y se daban la gran vida, mientras que éstos se morían de hambre. «Es preciso, decía el orador, que el obrero conserve para él todo el fruto de su trabajo, como el ave posee el aire y el pez el agua; el hombre que no produce nada es un parásito, merece ser suprimido, puesto que constituye un obstáculo, pone trabas al progreso, y por consiguiente, es un verdadero veneno para la humanidad. La *Commune* de París ha sido un primer aviso á los explotadores; ha fracasado, pero pronto renacerá de sus cenizas y más amenazadora que nunca; el proletariado debe unirse y aguzar sus armas para estar prevenido cuando llegue el día señalado para la destrucción de todos los bandidos, tiranos, usureros y sanguijuelas; la unión hace la fuerza; dejarse despojar por las hienas del capitalismo es una vergüenza para hombres libres y razonables». Continuó sobre este tema durante media hora larga, sin pararse un instante, sin siquiera moderar un tanto la elocución atropellada de su singular elocuencia. El semblante de Schroetter revelaba una expresión de sufrimiento, mientras que Pablo á cada falta gramatical, y sobre todo á cada imagen arriesgada, daba sobre la mesa con el vaso, gritando: «¡Bravo!» Los que estaban á su lado comenzaban á dirigirle miradas de reojo, porque se veía claramente que se estaba burlando, y eso vejaba á aquellas gentes, á las cuales edificaba sinceramente aquel discurso;

ni una risa, ni una palabra; escuchaban todos en silencio, y á cada expresión enérgica del sajón melencólico, los ojos se iluminaban, las cabezas se agitaban y los pies batían redobles vigorosos sobre el pavimento. La concurrencia devoraba tan ávidamente las palabras del orador, que se olvidaba de beber é interpelaba con tono de cólera á los mozos cuando éstos hacían demasiado ruido al traer nuevos jarros de cerveza. Cuando al concluir el orador dirigióse hacia la mesa de la presidencia, Pablo y Schroetter vieron de repente con gran asombro á Guillermo atravesar aquella muchedumbre agitada y encaminarse hacia la tribuna. ¿Qué iba á hacer? Ya había subido y discutía vivamente con los individuos de la mesa, que se concertaron entre ellos un instante, hicieron circular una tarjeta que Guillermo les había entregado, y luego uno de ellos, levantándose, se adelantó hacia la tribuna:

—Fieles á nuestro principio de oír hasta á los contradictores—dijo—damos la palabra á un concurrente. No está inserito en el programa, es cierto, pero ningún burgués debe poder quejarse de que le hayamos cerrado la boca.

Apenas si algunos pudieron oír estas palabras; Guillermo, con los brazos cruzados, estaba de pie en la tribuna; poco á poco fué reinando el silencio, y se prepararon todos á escuchar al nuevo orador. Sus ojos negros recorrieron la asamblea, y luego comenzó con su voz sonora y tranquila:

—Lo que á todos os ha congregado aquí es el descontento de vuestra suerte y el deseo de mejorarla; pero no creo que los medios preconizados por mi honorable predecesor en esta tribuna puedan conducirnos á este resultado. Pide que el Estado os preste asistencia cuando caigáis enfermos y os procure el sustento cuando seáis viejos. ¿Qué

es, pues, el Estado? Pero ¡si sois vosotros! el Estado no tiene nada más que lo que dais; luego cuando os da de comer y os asiste toma en vuestros bolsillos el dinero necesario; no tenéis necesidad del Estado para eso; podéis perfectamente poner en reserva algún dinero mientras sois fuertes y tenéis buena salud, sin recurrir á la intervención de la Guardia civil ó á la de los empleados de contribuciones. El precedente orador ha predicado principalmente el odio contra los propietarios, el odio contra los explotadores. El odio es un sentimiento penoso; añadís sencillamente un nuevo sufrimiento, quizá el más cruel, á los que ya experimentáis; un espíritu trabajado por el veneno del odio sufre continuamente y no puede estar alegre. Si, pues, vosotros sobrecargáis todavía vuestra existencia con el peso del odio, es absolutamente imposible que podáis sentir os felices.

Un murmullo se elevó en la asamblea, y se oyeron á un lado y á otro exclamaciones hostiles. «¡Es un jesuita!», gritó una voz que salía del fondo de la sala. «¡Estupídecos de neo!» dijo otro; Guillermo continuó sin perturbarse en lo más mínimo:

—¿Qué echáis en cara á los que poseen? ¿Su ociosidad? Sois injustos. Muchos de ellos trabajan más afanosamente que todos vosotros y tienen responsabilidades bajo las cuales sucumbiría la mayor parte de entre vosotros; admitamos que una gran parte de los ricos pase su vida sin hacer nada; no envidia á esos desgraciados, por el contrario, les compadezco; la muerte es cien veces preferible á una existencia que no comporta ni trabajos ni deberes.

Los murmullos redoblaron con más fuerza y más amenazadores.

—Quisiera—dijo Guillermo con un acento más

enérgico—ser rico y poderoso. Invitaría entonces á aquellos á quienes irritan mis palabras á vivir un año, ó aunque sólo fueran seis meses, sin hacer nada; les vigilaría con objeto de que no pudiesen ocuparse en nada, para que transcurrieran los días de su vida en un ocio absoluto. Pronto veríais cómo vuestras manos condenadas al reposo se rebelarían contra vosotros; centinelas, fosos y murallas no bastarían á reteneros en el cautiverio dorado y exento de inquietudes de vuestra ociosidad; os escaparíais aun con peligro de vuestra vida, y volveríais á esos talleres, que ahora consideráis como un infierno.

—Aunque así sea, ¡háganoslo usted bueno!—gritaron numerosos voces burlonas.

—¿Qué ventaja tiene el rico sobre vosotros? Decís que vive mejor y puede procurarse más goces. ¿Estáis seguros de que esos pretendidos goces constituyen la felicidad? Con vuestro buen apetito encontráis más sabroso vuestro sobrio refrigerio de pan y queso, que el rico sus manjares delicados; y la tristeza, que no falta en ninguna vida humana, es más amarga en los hoteles espléndidos que en vuestras pobres viviendas, porque se dispone allí de más tiempo para abandonarse á ella.

—¿Cuánto le pagan á usted por defender á los ricos?—le preguntó uno.

—Pero os abandono los ricos; admito que tengáis en esto razón; sí, el rico es un criminal; sí, su ociosidad ofende vuestra actividad; sí, su vino y sus asados hacen que os sepan peor la patatas y el aguardiente que os alimentan; sí, estáis en vuestro papel al envidiarle; pero ¿qué sacáis de esa envidia? Supongamos que pudiérais ejecutar todos vuestros proyectos; saquearíais á los ricos, los mataríais y os distribuiríais sus tesoros. Olvidemos

que los ricos también son hombres; rehusémosles la piedad que los pobres se creen con derecho á reclamar de sus semejantes; erijamos en principio que reducir á un rico á la mendicidad no es tan injusto como explotar á un obrero miserable; regocijémonos de ver á un rico tiritar de frío y morir de hambre cuando un pobre que tiritaba y se moría de hambre ha sido el pretexto de que os habéis valido para saquear al rico. ¿Creéis que después de todo habréis mejorado vuestra suerte? Reflexionad un solo instante; habéis despojado á los ricos, os habéis repartido sus bienes y sus tesoros; al llegar aquí hacéis ya un primer descubrimiento, y es que los ricos son una ínfima minoría, apenas uno por doscientos pobres, y que no recibís sino muy poca cosa cuando se verifica el reparto; pero admito que cada uno de vosotros tenga así lo suficiente para pasarlo bien por el momento; esta suposición es, por lo demás, gratuita. ¿Qué sucede entonces? Tiráis vuestros trajes de dril y os vestís de seda, os cubrís de oro y de plata, y os mecéis en sofás mullidos; ¿cuánto tiempo durará eso? unos cuantos meses, quizá algunos años; luego, las bodegas y las despensas de los ricos, una vez agotadas, la seda usada y el sofá roto, no os podréis comer ni las joyas ni los dorados, y si queréis no morir de hambre, tendréis que volveros á someteros al yugo del trabajo, contra el cual os rebeláis en este momento; y después de haber suprimido los ricos y repartido sus bienes entre vosotros, os encontraréis exactamente en el mismo estado que hoy.

Tras una corta pausa, durante la cual reinó por primera vez el silencio más completo en la sala, Guillermo continuó:

—La conclusión de todo esto es que vuestro

yugo os es impuesto no por los hombres, sino por la naturaleza; la vida es dura y penosa; ninguna ley, ninguna organización política ó social puede cambiarla. El espíritu ingenuo de los primeros habitantes de la tierra había ya comprendido esto; pero como el hombre no halla reposo mientras no ha encontrado ó inventado una causa para lo que ve, los legisladores de la Biblia judía han sentido la necesidad de explicar los sufrimientos de nuestra humanidad para ofrecerle algún lenitivo, y de anticipar que expiamos un pecado cometido por nuestros primeros padres.

Vosotros, los hijos del siglo XIX, no creéis en el pecado original, pero atribuí vuestros sufrimientos al sistema de explotación y á las injusticias de nuestras instituciones; vuestra explicación es un cuento, lo mismo que la de la Biblia: el sufrimiento y la muerte son las condiciones de nuestra existencia; no podemos salir de ahí; si por cualquier milagro obtuviérais la felicidad que reclamáis, es decir, una vida poco ocupada, exenta de sufrimientos y llena de goces, ¿sabéis lo que sucedería? Os multiplicaríais de tal manera, que al cabo de una ó dos generaciones el espacio y el pan os serían tan parsimoniosamente medidos como hoy; el crecimiento de la población es únicamente entorpecido por la dificultad de procurar el sustento á los hijos y se detiene siempre en el límite en que esta dificultad llega á ser insuperable. Ya lo veis, pues; haced lo que queráis; jamás podréis procuraros sino un alivio momentáneo, y cada alivio, trayendo consigo un considerable aumento de población, no durará sino hasta el momento en que vuestras mujeres os presentarán las criaturitas, consecuencia lógica de vuestro bienestar. Cualesquiera que sean vuestros métodos de trabajo y de repartición de los frutos

que produzáis, no tendréis nunca más de lo que necesitáis para satisfacer vuestras necesidades, y el sudor tendrá siempre que empapar vuestra frente si queréis sostener la lucha contra las fuerzas hostiles de la naturaleza.

Guillermo se recogió un momento en medio del profundo silencio de toda la sala, subyugada ahora por su palabra; luego después continuó:

—No niego que vuestra existencia sea penosa y dura; pero creo que os la amargáis inútilmente añadiendo dolores imaginarios. La encontráis dura porque veis desde lejos á algunos ricos que os parecen felices; ya os he dicho que los ricos son una ínfima minoría, y que la tierra no puede permitir que todos lleven la existencia peculiar de algunos millonarios. Podéis, á lo sumo, despojar á los ricos; no podéis en absoluto enriquecer á todos los pobres; pero ¿por qué comparar vuestra existencia á la de unos cuantos vividores? ¿Por qué no la comparáis á la de vuestros antecesores en un pasado más ó menos remoto? Echad una mirada hacia atrás, y encontraréis que vuestra existencia, si no es más fácil, es por lo menos infinitamente más rica que la de todas las generaciones que os han precedido. El más pobre de entre nosotros vive mejor, más tranquilo y más agradablemente que un hombre de buena posición de hace mil años, y que un rico, y hasta un príncipe de las épocas prehistóricas. ¿Os quejáis de que vuestro trabajo es penoso y perjudicial para vuestra salud? Vivís más tiempo, más confortable y más tranquilamente que los cazadores, los pescadores y los guerreros de los tiempos bárbaros, á los que continuamente acechaban los peligros y la muerte; lo que más os atormenta no es la necesidad; es vuestro odio, vuestra envidia, vuestras codicias. Se vive y se goza de buena

salud y de alegría con agua clara; pero necesitáis aguardiente y cerveza; ganáis bastante para compraros carne y legumbres; pero necesitáis tabaco para vosotros y trapillos de adorno para vuestras mujeres, y de este modo vuestro salario no siempre os alcanza; podría pareceros muy sabrosa vuestra comida; pero la cocina del millonario os la echa á perder. Combatid la envidia, que emponzoña con su hiel los goces que la existencia os ofrece, y buscad vuestra felicidad fuera de la satisfacción de placeres que no la constituyen, y que no existen sino en vuestra imaginación; vivid con el corazón y el cerebro, y no con el paladar y la lengua; bastantes miserias é inquietudes hay ya sobre la tierra; no les añadáis el odio; sentid hacia cada criatura la simpatía que para vosotros mismos esperáis; los hombres están sobre esta tierra como náufragos en una tabla en medio del Océano: la necesidad y el peligro son á todos comunes. Esta situación sólo puede ser tolerable si todos se ayudan unos á otros, si el fuerte tiende la mano al débil, si el hombre resuelto levanta al que vacila; no son ni la envidia, ni el odio, ni la excitación de las pasiones lo que hará vuestra felicidad: es el amor, la condescendencia, la resignación.

Esta conclusión no era del agrado de los auditores; cuando Guillermo bajó de la tribuna y volvió á su sitio, exclamaciones burlonas le persiguieron. «Amén», decían unos; «¡Un cántico!», añadía otro; «Vete al convento, Ofelia!», exclamaba un chistoso; otros, en fin, seres groseros, vociferaban: «¡Idiota! ¡Fuera! ¡Arrastradle!» Sus amigos se habían levantado y habían salido, á su encuentro; «margaritas á puercos», gruñó Pablo; pero Schrotter le apretó la mano diciendo sencillamente: «Muy bien».

El tumulto se calmó rápidamente, porque un nuevo orador apareció en la tribuna: un hombre instruido, inteligente, de fácil palabra. Los organizadores de la reunión no querían dejar á los auditores bajo la impresión del discurso de Guillermo, y le oponían un adversario serio, que demostró con claridad y vigor que su predecesor era acaso un filántropo, pero al mismo tiempo un enemigo de la civilización, puesto que cada progreso de la civilización es una consecuencia de nuevas necesidades que tratan de ser satisfechas; cuando se limitan estas necesidades ó se les combate, se retrograda á la humanidad al estado de los salvajes ó de los animales. El progreso exige, pues, que se estimulen y que se satisfagan las necesidades, en lugar de combatir las ó de limitarlas; la filantropía es cosa muy buena, sólo que no hay que predicarla á los proletarios, que se ayudan entre ellos cuanto pueden, sino á los ricos, hacia los cuales el precedente orador siente tanta simpatía y ternura; puede aceptarse la imagen de los naufragos, pero no es admisible que la minoría acapare los víveres y deje morir de hambre á la mayoría, como hacen actualmente los capitalistas. Es preciso, por el contrario, que las provisiones sean honradamente repartidas, de modo que todos los miembros de la sociedad obtengan la misma parte.

Pablo quería marcharse en cuanto volvió Guillermo; pero éste había insistido, por cortesía, en oír á su contradictor, y sólo cuando éste hubo terminado en medio de las aclamaciones de la sala, los tres amigos abandonaron la reunión. Ya fuera, Schrotter dijo á Guillermo.

—¿Sabe usted que es usted un orador de primer orden! Posee usted, en el más alto grado, todo lo que hace falta para conmover á la muchedumbre.

—¡Oh!... ¡Por favor!...

—Sí, sí. Buena figura, una voz que llega hasta el corazón, una calma y una seguridad extraordinarias, un raro conocimiento de la lengua, una fogosidad ideal, que despierta y estimula los mejores sentimientos del auditorio; esta velada me ha mostrado el camino: emplee usted sus facultades en servicio de la política; procure usted llegar á ser diputado; cometería usted un crimen de lesa pueblo si dejara de hacerlo.

—Muy bien; eso es lo que yo he pensado siempre—dijo Pablo.

—¡Diputado, nunca!—respondió Guillermo.—Si he tomado la palabra esta noche, ha sido por piedad hacia esos pobres ignorantes, que creen en esas teorías insensatas como si emanaran del Sinaí; pero jamás tendría la pretensión de querer influir sobre la suerte del Estado en el Parlamento ó en el Gobierno.

—Y, sin embargo, esa pretensión debe ser el primer deber de todo ciudadano.

—Dispéñeme usted, señor doctor, pero no participo de esa opinión; únicamente debiera influir sobre los destinos del pueblo aquel que conociera las leyes que determinan su desarrollo; pero un solo individuo no las conoce; por lo que á mí toca, yo sé que no las conozco.

—¿Cree usted que los gobiernos las conocen?

—¡Oh, no!

—Y, sin embargo, eso no les impide dirigir á los pueblos á su antojo.

—No puedo hacer más que recordar la frase del poeta: «Crees empujar, y es á tí á quien empujan».

—¿Quién da el impulso, según usted?

—Una fuerza orgánica, interior é ignorada,

que determina la vida exterior de los pueblos y de toda la humanidad; esta se desarrolla lo mismo que un árbol crece; nadie puede añadir ó quitar nada, acelerar ó retardar el desarrollo, ni darle tal ó cual dirección.

—En una palabra: ¿esa es la filosofía de lo inconsciente?

—Precisamente, sí.

—¡Muy bien! Luego si un Gobierno oprime al pueblo, le roba sus libertades, persigue y maltrata á las oposiciones, ¿soportará usted eso tranquilamente, y se consolará pensando que lo inconsciente, infalible y todopoderoso ejerce su acción por medio de aquel Gobierno?

—¡Robar libertades! Ningún Gobierno del mundo puede quitarme mi libertad interna; en mi cabeza reina siempre la libertad que yo he sabido conquistar, y ningún tirano puede conseguir subyugar mi pensamiento.

—Ese es, precisamente, el gran error de usted —le dijo Schrötter muy seriamente.— Ningún agente de la autoridad puede evidentemente atentar á la libertad interna del individuo Guillermo Eynhardt, puesto que es usted un hombre maduro y tiene hecha su opinión sobre las cosas esenciales; pero un Gobierno tiránico puede impedir á nuestros hijos que lleguen á alcanzar esa libertad de pensamiento; puede entregar las escuelas á la ignorancia y á la superstición, y obligar á usted á enviar á sus hijos á esas escuelas perniciosas; puede crear una moral pública que ejerza sobre el pueblo entero una acción desmoralizadora; puede establecer ejemplos muy visibles de malas opiniones y de mala conducta, que imitará el pueblo, cometiendo así un verdadero suicidio moral. No, basta encerrarse en sí mismo, formarse según el

propio ideal de cada cual y no ocuparse sino de su libertad íntima; es preciso también salir fuera de sí mismo; es preciso ejercer acción por medio de la palabra y de los hechos sobre sus semejantes. ¿Dónde está el mal cuando hay una equivocación? Nadie posee por sí solo toda la verdad; en este punto tiene usted razón; pero cada uno posee un fragmento y el todo social la posee entera. Vea usted la India: muestra dónde se llega con esa filosofía: se vive en un mundo inmaterial y se llega á ser indiferente con respecto al mundo exterior; se soportan primero los déspotas indígenas, luego los conquistadores extranjeros; finalmente, se pierden la libertad y la independencia nacional, y con ellas los beneficios de la civilización; no sólo se cae en la esclavitud, sino también en la barbarie ignorante y supersticiosa.

—El pueblo alemán no se verá reducido á ese extremo—dijo Guillermo sonriendo.

—Gracias á los hombres que han creído de su deber intervenir en los destinos de su pueblo, y al mismo tiempo que su libertad íntima, conquistar también la libertad exterior—replicó con viveza Schrötter.—Tomar participación en los asuntos públicos es también una forma de la filantropía; téngalo usted siempre presente, sin que puedan disuadirle los danzantes que *hacen política* como otros juegan á la Bolsa, únicamente por lo que de ella se saca.

En estas pláticas habían llegado á la puerta de la casa de Schrötter; eran cerca de las doce; Berlín estaba sumido en la obscuridad, y las calles desiertas; sólo la casa de Schrötter estaba todavía alumbrada; detrás de una de las ventanas del salón indio se entreveía vagamente una silueta: era Bhâni, que aguardaba pacientemente la vuelta del

doctor; cuando los tres amigos se pararon en el dintel de la puerta, desapareció la cabeza y cayó la cortina.

VI

Idilio

El pulso febril de la gran ciudad no es perceptible en todas las partes de la villa: hay sitios excluidos de la circulación general y á los que no alcanza la corriente rápida de su poderoso organismo; allí se encuentran moradas tranquilas, separadas del rumor de la calle nada más que por las paredes, y que parecen estar á varias leguas de toda la existencia ruidosa y agitada que reina del otro lado; sus apacibles habitantes, mirando desde sus balcones aquel ir y venir jadeante, no se impresionan por eso ni más ni menos que por los cuadros colgados en las paredes de sus habitaciones, y que representan acaso, ellos también, escenas tumultuosas, una tempestad, una batalla ó una erupción del Vesubio.

La morada de la familia Mærker formaba como una pequeña isla de este género; estaba situada en la calle Lutzow, á unos cuantos pasos de la plaza de Magdeburgo, en el primer piso de una hermosa casa con una gran puerta abovedada; tres generaciones de mujeres, abuela, madre é hija, vivían allí sin un solo hombre, en compañía de una vieja